

EL FÓSIL

Juan Fernández

Al principio no me dí cuenta de qué era y lo tomé por una piedra. Estaba yo acomodándome para leer en la sombra que dan las rocas a la izquierda de playa Junquillal y quitaba las piedras que me lastimaban la espalda, ya de por sí sensible por los efluvios de los árboles de manzanillo de la playa, cuando se me ocurrió observar un guijarro que acababa de retirar porque me estaba cortando la espalda, y entonces se me vino encima todo su significado: el filo que me había lastimado, era una hilera de dientes humanos firmemente colocados en un maxilar superior que aún formaba parte de una calavera completa. A pesar de cierta deformación que le dada al cráneo una exagerada apariencia dolicocefala, todo el conjunto era indiscutiblemente de Homo sapiens, excepto por una característica inaceptable: su tamaño, no mayor que el de una bola de tenis.

Cuando vi qué era pegué un salto como si me hubiera picado una avispa, dejé caer el libro y los anteojos, y me hallé de pronto sobre mis dos piernas temblorosas tratando de ver aquella figurita, borrosa aún cuando estiraba todo el brazo para enfocarla. Permítaseme adelantar que todo aquel susto y temblor fueron premonitorios, y que desde aquel momento mi vida no ha tenido sosiego; quizá por haber interrumpido el reposo de aquella maldita calavera, como le pasó a Lord Carnarvon cuando encontró la momia de Tutankamen.

Para empezar, había ido yo a Junquillal a descansar, y a reponerme de la frustración propia de un doctor en antropología que tiene que conformarse con enseñar biología general a estudiantes de primer año en grupos de 200; para no morir de hambre. Pero aquel hallazgo me provocó una alegría tan cruel, que hizo el descanso imposible.

“Me voy”, les dije en tono perentorio a mis anfitriones tan pronto como volví al campamento con mi fósil. Y de nada valió que pusieran en sus protestas toda la aspereza de sus gaznates ibéricos, porque eran unos españoles inmigrantes que regresaron a su país cuando la frontera del África dejó de estar en los Pirineos. Tampoco valió que llamaran “sólo un hueso” a mi descubrimiento, ni que descargaran del bote de pesca macarelas, dorados y bonitos, restregándomelos con deliberada intención tentadora, porque una hora después, cuando el sol se hundía en el mar como ahogándose en sangre, ya había empacado yo mi familia y mis cosas en el Mini, donde apenas cabíamos con la calavera, y corría hacia San José a comunicarles el hallazgo a mis colegas; que de todos modos no encontré porque también pasaban la Semana Santa en el mar.

Sólo encontré a Don Carlos Agüero, un arqueólogo activo, corpulento y burlón, que no puede tomar vacaciones porque tiene muchos hijos para su sueldo, y un sueldo malo por ser comunista. Pero él me sirvió de ayuda y amparo sin paternalismo. Me recibió al principio muy cautelosamente, porque una vez excavó entusiasmado varios estratos antes de hallar un paraguas en el jurásico. Pero luego de ver de qué se trataba recobró la confianza, y juntos hicimos los preparativos y los anuncios... que provocaron la avalancha.

Se vinieron aquí los científicos de todas las grandes universidades del mundo, desde Harvard hasta Patrice Lumumba, para hacer los estudios preliminares y disputarse el derecho de llevarse la calavera a sus laboratorios.

Y se estableció lo siguiente: La calavera estaba apenas sobre la línea de la marea alta, al fondo de un precipicio de 50 metros que sufre desprendimientos periódicos que caen al mar. El terreno es un profundo depósito de rocas terciarias continentales provenientes de la erosión de una montaña anterior, y el material, que también llenaba el cráneo, resultó tener 60 millones de años, por el método de argón y potasio.

Pero el cráneo no era fósil, ni de ningún material conocido, ni fechable; ni mostraba el hueso ningún un retículo celular. La forma dolicocefala era aparentemente el resultado de la enorme presión a que la calavera había estado sometida por tanto tiempo: 50 metros de rocas ahora, y quién sabe cuántos en el pasado, antes de que se erosionara otra vez toda la montaña que se formó primero sobre ella desde que quedó en el fondo de un mar, y que era ya solamente una lomita poblada de jobos, única vegetación allí durante la terrible sequía que sufre aquella región casi todo el año.

Todo esto hubiera estado muy bien, si no fuera porque no lo creían ni los mismos que habían trabajado en la investigación, quienes trataban de echarme a mí la culpa de que la evidencia amenazara sus creencias. Usted podrá ver lo que quiero decir con un ejemplo típico de esas suspicacias. Cuando fui al aeropuerto a recibir al Dr. Gasbag de la Universidad de Harvard, --un gigantón con la cabeza del color como una zanahoria, lleno de sonrisas, y tan solícito que parecía a punto de darme palmaditas en la cabeza, lo primero que hizo fue la misma pregunta que ya se había convertido en una cantilena:

Hm, *lets see* ¿Un Homo sapiens paleocénico con una calavera del tamaño de una bola de tenis?" “!Y de 60 millones de años!” Y se me quedó viendo como esperando que yo le resolviera el problema.

“Yo no sé” le contesté con la actitud defensiva del subdesarrollado, que significaba “si usted no lo sabe yo menos”.

Y cuando fuimos a ver la calavera: --“¿Un sapiens con una masa encefálica de ½ libra y sólo 1600 millones de neuronas en la corteza, cuando no podemos manejarnos ni con tres libras de sesos? ¡Imposible!”—dijo. Pero me gustó el viejo por esto a pesar de su hostilidad, y puse en él mis ilusiones hasta el día siguiente, cuando lo recogí en el hotel, camino de Junquillal, y su saludo fue entonces:

“¿Dígame usted amiguito, adónde quedan entonces las conclusiones de la evolución, la neurofisiología, la psicología, etc, etc, etc?” --y pronunció esas palabras como si fueran sagradas, y como presumiendo que yo nunca las había oído.

“Pues ese es también su problema, amigote” le contesté yo molesto, y se quedó callado.

Pero un rato después se volvió hacia mí en el carro y me volvió a regañar: --“Está bien retar una premisa de cualquier disciplina científica, pero nunca al establecimiento completo. Pues resulta que ese hombrecito de Junquillal apenas si tendría cerebro para mover las patas”.

Ahora me quedé callado yo, y un rato después, viendo él asombrado los cafetales más allá de La Uruca, sentenció entusiasmado: --“¡Es asombroso cómo se conserva la jungla en los trópicos!”.

Este era el tipo de comportamiento todo el tiempo, y cuando al fin llegábamos a Junquillal con aquellas numerosas comitivas científicas, me obligaban siempre a reconstruir el episodio del hallazgo, mientras en las rocas las gaviotas hacían su algarabía, y por encima de nosotros giraban indiferentes los buchones: ¿Qué dónde estaba usted acostado?. ¿Qué con cuál mano retiró usted la piedra? ¿Que cuál hora era?. ¿Qué si la marea estaba baja o alta?”. Y otro montón de preguntas impertinentes, diseñadas para cogerme en alguna mentira, como si no fuera más sospechosa la repetición exacta de una misma versión. ¡Y yo, que había esperado la fama! Y el ascenso.

Y allá iba yo para Junquillal cada vez que nos visitaba otra delegación, hasta que ir allí se me volvió casi tan penoso como tener que ir al dentista, e igual de inútil. Por lo que, me negué a acompañar a mas visitantes.

Y como todo este lío llegó pronto a hastiarme y desilusionarme tanto, estaba yo a punto de desentenderme de todo si hubiera podido, pero el destino no lo permitía.

Por esa extraña tendencia de los fenómenos a ocurrir en grupos o *clusters* que da al traste con el azar, apareció una mañana ante mi puerta un ingeniero del ICE con un objeto en la mano que me hizo retroceder con espanto, comprender al fin mi destino, y aceptarlo con resignación.

“¿Dónde halló usted esa calaverita?”. le pregunté con voz desfalleciente al ingeniero.

“No la encontré yo” me respondió, “la encontró un peón dinamitero entre las rocas de un camino en la Cordillera de Talamanca, cerca de Tapantí”.

“¿Pero dónde está el peón? ¿Estaba usted allí cuando la hallaron?” le volví a preguntar ansioso de contar con otro testigo presencial.

“Yo no” me dijo defensivo “Los ingenieros no se exponen a las explosiones. La encontró Primitivo, un peón dinamitero, si quiere usted lo vamos a ver”.

Pasamos primero por el arqueólogo Don Carlos, quien recogió apresuradamente sus picos, sus lentes y sus frascos, y salimos corriendo para Tapantí, y mientras viajábamos examinamos la nueva calavera; Era igual a la primera, pero banquicéfala por constricción del eje longitudinal debida sin duda a la presión de las rocas en esa otra dirección.

Esta otra calavera se había encontrado también incrustada en una roca terciaria sedimentaria, repleta de fósiles invertebrados marinos, especialmente foraminíferos, gastrópodos y pelicipodos del paleoceno inferior. El material calizo

del relleno era más duro que el de la otra calavera, y la edad igual; millones más, millones menos. El barranco olía todavía a los vapores de la dinamita.

Cuando terminamos este examen ya se hablaba en todo el mundo del Hombre de Junquillal, aunque el nombre correcto, por la precedencia, debió ser el Hombre de Tapantí.

Y se hablaba, como usted podrá comprender, con sobrada razón, porque Junquillal había reemplazado al barranco de Olduvai, como Costa Rica desplazó a Kenya, y yo a Louis Leakey, a su esposa, y a su hijo. Nuestro hombrecillo venía a desramar otra vez todo nuestro árbol genealógico ya bien podado por *habilis* y *Australopithecus*, que solo tenían de 3 y 4 millones de años de edad.

No era entonces que el Hombre de Junquillal, fuera un sapiens innegable, y nos podara otra vez el árbol genealógico: es que lo cortaba de cuajo; al nivel de las musarañas; porque los hijos no pueden ser más viejos que los padres, ni de la misma edad!. ¡60 millones de años!

La segunda oleada científica fue aún peor que la primera, pero por un corto tiempo Primitivo me ayudó a compartir los abusos de los investigadores, aunque él pronto los mandó al diablo, porque no tenía mucho que perder, y no vio nada que ganar, y yo volví a quedar como el único villano. Pero ahora por lo menos no me quedaba callado cuando me decían como reclamo: ¿Pero una calavera...? porque podía yo contestar: ¡Dos calaveras!

Y sin embargo no era yo quien retaba al establecimiento científico. Eras las calaveras. A la luz de nuestras conclusiones actuales estas calaveras eran inaceptables e imposibles, y para poderlas aceptar había que rechazar todas nuestras conclusiones actuales. Si acaso yo reclamo algún mérito en todo este lío es el de haber creído que la alternativa de un cambio radical de conceptos era digna de consideración, pero los hombre preferimos descansar confortablemente

en nuestros errores, y nada odiamos tanto como admitir que estábamos equivocados. La conclusión casi unánime fue entonces que las calaveras eran un fraude.

El Estado nacionalizó las calaveras y entregó la de Junquillal en custodia a la Universidad Estatal, y la de Tapantí a una privada, por lo que una fue a dar a la Unión Soviética y la otra a los Estados Unidos. No sabemos nada de lo que hicieron los gringos, pero los rusos manejaron el asunto con liberalidad política, y todos los investigadores *bona fide* fueron a Moscú a examinarlas..., para luego venirse aquí con sus suspicacias. Era como una maldición.

Desgraciadamente la suspicacia no era infundada. Aunque el material del cráneo no se pudo cortar, ni quemar, ni disolver, habían logrado sacarle una virutas con una broca de diamante, y dijeron que se trataba de un polímero “thermoset” de muy alta densidad. Y si bien desconocían su composición química, estaban seguros que se trataba de un plástico sintético. Lo que unido a la objeción del tamaño y del lugar, reforzaba la sospecha de un fraude, si el material no fuera tan improbable. Pero el contenido rocoso tenía 60 millones de años, nada menos.

Un día me citó el jefe de mi departamento universitario; (algo sorprendente), porque los jefes están siempre tan ocupados en la administración, que apenas si tienen tiempo para ver a los profesores. “Nada triunfa tanto como el éxito” pensaba yo mientras caminaba por los pasillos, hasta hace poco repletos de boletines con titulares del “Importantísimo Hallazgo Paleontológico”, y que ahora volvían a rebozar con las noticias usuales de elecciones, huelgas, golpes y mítines. Pero iba yo preocupado por las consecuencias fiscales del aumento de sueldo que sospechaba (un 10% en el sueldo que podría ponerme en el 20% de renta, que aquí es solamente el salario).

“Siéntese usted”. Me dijo el Jefe untuoso sin poder ocultar su incomodidad, “Mire usted esto” y me pasó varios titulares extranjeros: “Se sospecha Monumental

Fraude Científico”, “El Hombre de Junquillal Resulta Pariente del de Piltdown”, y cosas así. Y en seguida: “Comprenderá usted que a la Universidad no le conviene esto de ninguna manera”.... y ahí siguió con 15 minutos de exculpaciones, hasta que pudo reunir el valor para notificarme el despido; sin prestaciones.

Fue la Revista *Nature* que me devolvió un poco la confianza en aquellos días terribles, cuando publicó el artículo de un antropólogo inglés en el que demandaba una actitud menos dogmática en el estudio del hallazgo. Y hacía ver “cómo era de improbable que un oscuro antropólogo de una modesta universidad (los ingleses disimulan ahora su arrogancia) pudiera perpetrar un fraude que requiere el cuidadoso relleno de un mineral cristalizado y fósiles fechados, en recipientes que son una réplica exacta y a escala de una calavera humana, además de que son fabricados con un plástico cuya fórmula se desearía la DuPont, y haría millonario a su poseedor”. Esta es, decía el autor, una mera cuestión de probabilidades y “de seguir el ejemplo del trato desafortunado de este hallazgo, uno podría atribuir toda esa suspicacia a una conspiración marxista ante el descalabro de la famosa dialéctica histórica que el hallazgo les presupone”. El hallazgo también suponía un cambio radical en el origen y el progreso del método cinético, y de la revolución industrial, y del capitalismo; todos los cuales son eventos del ayer inmediato. Y con típico humor inglés terminaba pidiendo para mí un premio al ingenio, sí y cuando el fraude se confirmara.

Por lo menos me sirvió este artículo para conseguir empleo en una universidad privada, como también le sirvió a algunos profesores de la otra, y a los soviéticos para escribir mas conferencias anti-imperialistas

Pero de todos modos el inglés escribió demasiado pronto, porque un mes después publicaron los rusos en *Anthropoloischeskii Zhurnal* y en *Pravda*, un informe completo de sus averiguaciones.

Los rusos habían analizado el material de la calavera, y confirmado su edad de 60 millones de años. Encontraron que se desarticula a lo largo de las suturas temporoparietal, lambdoide y coronal, a pesar de las deformaciones por la presión, y hallaron grabado en la superficie interior, lo que los ingenieros soviéticos interpretan como un plano de construcción sumamente detallado, con una plantilla cuadrículada, atravesada por hileras de rayas y columnas, con sus respectivos ángulos de intersección señalados, y con abundantes signos de lo que sólo pueden ser instrucciones, escritas en un lenguaje desconocido.

Pero en la parte central delantera que corresponde al hueso frontal, hay una concavidad elíptica atravesada por una leyenda, que a ellos les parece un logotipo del fabricante!. Su informe terminaba con una encomiable nota de honrada desesperación: “No entendemos nada!”.

A esta conclusión siguieron varios enfoques menos ortodoxos, por no decir mas desesperados; como la consulta a una adivina, y la fotografía Kirlian que no reveló halos ni ectoplasmas. Además de un humillante entente con los norteamericanos que acudieron con la calavera suya a la antropología diablera de los hopis, los yakis, y los huicholes, sin ningún éxito.

Finalmente nos devolvieron las calaveras maltratadas, raspadas, punzadas y analizadas; todo par nada.

Pero el colmo del abuso, bajo los jeroglíficos de la parte inferior del “logotipo” en la calavera de Junquilla- los rusos habían escrito una leyenda que nos pareció una falta de respeto: **ayistkurtsonk avotrehc**, y mas abajo las palabras: **Chertova konstuktsiya** y de seguido, “diseño diabólico”, lo que nosotros atribuimos a despecho.

Toda esa investigación heterodoxa nos dio a nosotros una idea. Y yo sé bien que contar lo que hicimos entonces nos expone a la acusación de

charlatanería, y acabaría con mi prestigio, si aún me quedaba alguno. De todos modos yo no hubiera hecho eso, por consideración a Don Carlos, pero como usted convendrá cuando lo cuente, él sale exonerado, aunque sea porque la acusación nos alcanza a todos.

“Mirá Carlos”, le dije yo un día “¿Por qué no recurrimos nosotros también a un poquito de brujería?. Nadie lo tiene que saber”.

“¿Cómo nosotros también?. Nadie lo ha hecho” me dijo Don Carlos.

“¡Pues claro que si, hay evidencia!”. Y él me dijo:

“Yo no creo que tenga validez nada que se aparte del método científico”.

“¡Ah no me jodás!, el tal método científico sólo sirve para comprobar lo que ya se le había ocurrido a uno”. Le dije yo:

“Sí, pero te proporciona control, y además la comprobación es reproducible”, agregó.

Y yo le contesté con escepticismo:

“La mayor parte de lo que se comprueba ni siquiera vale la pena reproducirlo; y el control es a menudo amañado. Además, es sólo por curiosidad”.

“¿Qué sugerís vos?” me preguntó entonces Don Carlos, mostrando que discutía sólo por ofrecer alguna resistencia, y yo se lo dije:

“Edgarda Caicedo es un campesina analfabeta de Escazú que cae en trances y diagnostica males, hasta en idiomas que no conoce, según dicen. ¿Por qué no las llevamos allí?”

Con gran sigilo y sentimiento de culpa sacamos furtivamente una noche la calavera de Tapantí, que también estaba vaciada. Y fuimos donde Edgarda; acompañados de una estenógrafa de confianza, bien advertida para que guardara el secreto.

Si nos hubiera salido una bruja volando en una escoba, hubiéramos estado más familiarizados con lo que allí ocurrió. Edgarda era una mujerona vieja y desgarbada, pero amable y limpia, sin misterios ni efectos dramáticos. Y fue directamente al asunto como en un negocio; aunque no nos cobró nada. Cuando entró en trance, Don Carlos le preguntó, sacando la calavera de su bolsillo:

“¿Qué es esto?”.

Edgarda respiraba profundamente, como dormida. Pero estaba también inquieta y nerviosa. Cualquiera diría que le costaba mucho establecer un contacto a través de épocas tan remotas.

Y al rato, adoptando una actitud de reposo y tranquilidad, comenzó a hablar en lenguas, diciendo algo como : **“oñesid lacilegna”**, y repetía, **“oñesid lasilegna”**.

“¿Podría usted explicar mejor y en español?”. Le dijo don Carlos: ¿Qué dice el logotipo?

Y entonces con una voz inhumana y metálica ella dijo:

“Diseño angelical”

“No es un logotipo, son instrucciones para la construcción”.

“Es un plan original para la construcción de un ente conciente en la tierra”.

“¿De dónde viene esto?”.

“De afuera”

“¿De qué lugar?”

“¿De muchos lugares, afuera?”

Don Carlos escribió las palabras sobre la calavera, y yo lo volví a ver decepcionado; ¿sería esto otra broma como lo de la piedra de Tucurrique?. Una vez, cuando pintábamos por diez milésima vez las espirales grabadas en aquella enorme piedra de 10.000 toneladas, apareció un tipo que ofreció revelarnos el significado de los relieves, si nos interesaba.

“Naturalmente que nos interesa, ¿Qué dicen?”.

“!El tesoro está debajo de la piedra!”.

En este momento yo me ví impelido a preguntarle a Edgarda por qué tienen los monos calaveras similares a esa, de evolución muy posterior. Esto incomodó a Don Carlos porque la antigüedad de aquello volvía la pregunta insignificante, pero Edgarda contestó en tono tajante:

“Son interferencias”. Y se despertó muy agitada.

Luego tomamos un café silenciosamente en la casilla de Edgarda, porque algo parecía pesar en el ambiente, y salimos deprimidos a restituir la calavera, sintiéndonos totalmente defraudados, y muy ridículos. ¡**Oñesid lacilegna!** Le decía yo a don Carlos fingiendo la voz de Edgarda como un reproche.

Pero ocho días después me llamó Don Carlos por teléfono. Se notaba muy preocupado, y después de contarme con reticencia que había estado en la embajada rusa; quizá por temor a que yo fuera a pensar que él era de los que van allí a pedir dinero, me habló de las leyendas que los rusos le habían puesto a la calavera de Junquillal, y que no eran ruso.

¿De dónde salió entonces?

“¡A los rusos se las dictó una adivina!”

.

“¡A la churnia...! Y, ¿qué significa?”

“Algo así como “diseño diabólico” que han escrito debajo y no por despecho. Pero, ¿por qué no te venís para acá? quiero mostrarte algo...”

Don Carlos me esperaba en la puerta, y secaba con frecuencia el sudor de su cabeza calva; una conducta extraña en un hombre tan flemático. Tenía consigo las dos claveras, sacó la de Junquillal y me mostró el rótulo que los rusos habían escrito, en caracteres romanos: **Ayistkurtsonk avotrehc**.

Y luego me mostró las palabras oñesid lacilegna que dijo Edgarda. Y las palabras **ayistkurtsonk avotrehc** que dictó la adivina rusa y estaban allí escritas. Bajo cada una de cuyas letras romanas él había puesto los jeroglíficos correspondientes, como hizo Champollion con la piedra Rosetta.

“No le pongas atención a las palabras adivinadas, que para mi no significan nada”, me dijo. “Ve solo los signos”, y con voz desfalleciente dijo: “Fíjate como coinciden los fonemas”. El que tradujo Edgarda y el de la adivina rusa:

La “a” es un punto; la “e” es una raya ; la “i” es dos puntos, la “o” una raya a la izquierda, la “u” una la derecha, la “n” es un paréntesis.

Después de constatar que así era, con absoluta exclusión de la casualidad, le dije:

“¡Aquí tenés suficiente control experimental para satisfacer a Sir Ronald Fischer; ¡y reproducción!. ¿Lo saben los rusos?”.

“Sí lo saben, y no quieren que se divulgue”.

“¿Temerán por sus instituciones?”.

“Qué tontería”, me dijo Don Carlos, “¿Desde cuándo la evidencia ha amenazado a ninguna institución?. Lo único que temen es el ridículo.

Teníamos, por supuesto, una sospecha del significado de aquello, y ni qué decir tiene que volvimos corriendo donde Edgarda, pero lamento mucho informar que los entes no le volvieron a ser propicios. Había sin embargo una compensación a nuestra frustración y desilusión, porque debajo del logotipo de la calavera de Tapantí, teníamos ya también la traducción de las palabras de Edgarda “oñesid lacilegna” como “**diseño angelical**”.

Ahora todos hemos optado convenientemente por olvidarnos de las calaveras, que yacen recogiendo polvo en el Museo Nacional, donde usted puede ir a estudiarlas, si no tiene miedo de las consecuencias.

Caminando de regreso a mi casa, deseaba yo ser por lo menos un híbrido, y pensaba si Manes no habría tenido una revelación parecida. Además de la gran suerte (si suerte lo llamamos) de haber encontrado la calavera de Tapantí. ¡Buena por Primitivo!